

EDUARDO ANTONIO PARRA

OBSERVAR EN NEGRO, PENSAR EN NEGRO, ESCRIBIR EN NEGRO

[LETRAS AL MARGEN]

TOBOSO

Nadie puede dudar que, en los años que lleva este siglo XXI, la llamada novela negra en México ha experimentado un repunte tanto de su escritura como de su recepción, que resulta sin precedentes, sobre todo en comparación con las obras producidas en las últimas décadas del siglo anterior. Entre los argumentos que explican este fenómeno están el evidente aumento de calidad literaria entre los narradores que practican el género, la necesidad de los lectores de comprender o de que alguien les explique –a través de relatos interesantes– la violenta reali-

dad en la que se halla inmerso el país desde hace casi dos décadas, la promoción que algunas editoriales le dan a ciertos escritores, o la dignificación de este tipo de narraciones que, según estudiosos interesados en este género, se remonta al siglo XIX, cuando Dostoyevski dio a la luz su obra maestra *Crimen y castigo*. Esta parece ser la percepción general, a pesar de la oposición de los literatos y críticos “exquisitos”, que aún se empeñan en denigrar los relatos que abordan el crimen y la corrupción que nos rodean, y creen que una literatura escrita desde las entrañas, que centra

su atención en la “suciedad de la sociedad”, es inferior a la que exalta la belleza y penetra en las problemáticas de las conciencias burguesas. División que, según mi punto de vista, se reduce a simples preferencias.

En Latinoamérica, y por lo tanto en México, la novela negra hunde sus raíces en los primeros relatos publicados tras la independencia de nuestros países. Aunque –afirman los entendidos– la tradición de la novela moderna se inició con la publicación de *El Quijote*, de Cervantes, durante la época de la Colonia, la Corona y la Inquisición españolas prohibieron la escritura y la lectura de novelas a los hispanoamericanos, pues afirmaban que las obras de ficción, es decir, de imaginación, eran política, religiosa y socialmente peligrosas. Por supuesto, tenían razón. Y eso nos hizo perder tres siglos de desarrollo en los que en Europa la novela se afirmó como la mayor expresión artística de la burguesía. Así, cuando los escritores nacidos en estas tierras tuvieron la libertad de plasmar sus inquietudes y preocupaciones por medio de la narrativa, del otro lado del océano ya habían surgido y desaparecido varias corrientes literarias. Occidente se hallaba en pleno auge del Romanticismo, a punto de en-

trar en la etapa del Realismo. Y tanto el Romanticismo como el Realismo en América Latina nacieron –tal vez por las circunstancias históricas particulares de nuestras naciones– con una mirada crítica hacia la sociedad, hacia la política, hacia los poderes fácticos. Una mirada que, al convertirse en narración, exponía los vicios, los delitos, los malos manejos de las clases privilegiadas, la corrupción y la miseria. ¿Sueña conocido?

Si no en su totalidad, al menos en gran parte, la narrativa latinoamericana nació, en las primeras décadas del XIX, con una mirada negra. Nuestros primeros escritores observaban estas naciones en negro y así las pensaban, como puede apreciarse en algunos aspectos de *El Periquillo Sarmiento*, de Fernández de Lizardi o, más en concreto, en relatos como *El matadero*, del argentino Esteban Echeverría, o *El ranchador*, del cubano Pedro José Morillas. En el transcurso de ese primer siglo de narraciones, en México se publicaron varias novelas –ahora consideradas como nuestros primeros clásicos– que centraron su atención en la delincuencia y la inseguridad, en la corrupción y el abuso por parte de los privilegiados, en la indefensión de los ciudadanos y en la violencia ejercida por los detentadores del poder,

político o fáctico: *Los bandidos de Río Frío*, de Manuel Payno, *Astucia: el jefe de los hermanos de la hoja o los charros contrabandistas de la rama*, de Luis G. Inclán, *Memorias de un polizonte*, de Victoriano Salado Álvarez, y *Tomóchic*, de Heriberto Frías. Claro, hay críticos y académicos que se negarían a etiquetar estas novelas como negras, más que por los temas que tratan, por los procedimientos narrativos de sus autores. Pero ¿qué es lo que define a una novela como criminal? ¿Sus estrategias para contar? ¿La calidad poética de su lenguaje? ¿O la visión del mundo del autor y el asunto que aborda?

Para quien no lo recuerda, en *Los bandidos de Río Frío*, además de desplegar un fresco impresionante de cómo era la vida en México durante las primeras décadas del siglo de la Independencia, se narran los delitos de una banda de delincuentes que aterrorizaba a los viajeros de las diligencias en los alrededores de la capital, y que eran capitaneados por uno de los principales colaboradores del presidente Santa Anna. ¿No es esto una muestra de que, al construir su novela, Manuel Payno observaba la realidad en negro, pensaba el país en negro y escribía en negro? En cuanto a la novela de Inclán, trata de un grupo del crimen organizado

¿qué es lo que define a una novela como criminal?

de entonces que se dedicaba al contrabando de tabaco, de modo semejante a como los grupos de hoy trafican con drogas. ¿Y qué decir de *Tomóchic*? En ella, Heriberto Frías narra lo sucedido cuando el gobierno federal borra de la faz de la tierra a un pueblo chihuahuense y a sus habitantes, no por levantarse en armas, sino por haberse atrevido a proclamar lo que en nuestros días se conoce como “desobediencia civil”. ¿Hay otra novela que refleje con más contundencia el abuso de poder ejercido por el gobierno contra civiles en tiempos de paz?

La tradición es clara. Las historias negras existen en Latinoamérica desde que se empezó a escribir narrativa, y mucho antes de que entre los anglosajones Edgar Allan Poe inventara el relato de detectives (y fundara el cuento contemporáneo a secas), que florecería después con autores como Arthur Conan Doyle y Ágatha Christie. Incluso antes de que Dashiell Hammett y Raymond Chandler abandonaran a los detectives “deductivos” y los sacaran a la violencia de las calles a investigar los crímenes con métodos más terrenales, rudos, ejerciendo

para ello la misma brutalidad de los delincuentes a los que perseguían. Es decir, lo negro no está en la fórmula de las estructuras, ni en los detectives que buscan esclarecer un crimen, ni en la resolución de los casos, sino en la realidad misma, en la mirada con que la analiza el escritor, en el modo en que la percibe y piensa, y sobre todo en la manera en que la presenta a sus lectores, en cómo la escribe.

La tradición anglosajona y luego francesa, la deductiva, es cierto, moldeó a los primeros escritores policiacos –que no negros– en México, aquellos a los que atraía el relato “de enigma”, de “habitación cerrada”, como los de María Elvira Bermúdez, Antonio Helú, Rafael Bernal (en sus primeras novelas cortas) y José Martínez de la Vega, entre otros, y aunque sus relatos resultan bastante entretenidos, por alguna razón muchas veces parecen divorciados de la realidad mexicana. Esto se debe tal vez a que en nuestro país los detectives reales han sido casi siempre escasos y muy raramente impulsados

por un deseo de lograr justicia. De los policías ni hablar, de todos es conocido que su corrupción es congénita y se remonta incluso a los tiempos anteriores a la Independencia. Y si eso es en la realidad, ¿cómo creerles cuando son personajes de ficción? Se necesitaría harta candidez. Tal vez por eso muchos académicos señalan 1969, cuando se publicó *El complot mongol*, de Rafael Bernal, como el año de nacimiento de la novela negra en México, pues su protagonista, Filiberto García, es un gatillero rudo a las órdenes del gobierno que realiza labores semejantes a las de los policías. Más creíble.

Luego de *El complot mongol*, vinieron la saga de Héctor Belascoarán Shayne en las novelas de Paco Ignacio Taibo II, los libros del prematuramente desaparecido Juan Hernández Luna –entre ellos, *Tabaco para el puma*–, las novelas del argentino radicado en México Rolo Díez (entre las que prefiero *Luna de escarlata*) y, ya en este siglo XXI, la saga del Zurdo Mendieta, de Élmer Mendoza, que parece haber abierto el camino, no sólo a otras sagas

como las de Belfo o de Bernardo Esquinca, sino a una verdadera explosión de novelas y relatos negros nacionales de muy diferentes facturas y calidades literarias.

Entre todo este contingente de narradores y obras, aún hay detectives y policías que protagonizan las historias, pero sus autores se las han ingeniado para hacerlos creíbles, de acuerdo con nuestra realidad. Se trata de policías e investigadores violentos, cínicos, corruptos en ciertos aspectos, a veces con amistades entre los delincuentes, que sin embargo se aplican a la resolución de los casos criminales que les interesan. Pero también se han escrito aquí, como en otros países latinoamericanos, relatos y novelas donde no aparecen agentes de la ley, ni siquiera investigadores, historias que se centran en mostrar la vida delincencial y sus consecuencias entre la población inerte, la corrupción, los abusos de poder, la miseria producto del sistema y la disolución de las estructuras sociales, que son tan negros y literarios –aunque los exquisitos se sientan incómodos– como aquellas narraciones que fundaron nuestra literatura y que son nuestros clásicos del siglo XIX.

Aún hay detectives y policías que protagonizan las historias, pero sus autores se las han ingeniado para hacerlos creíbles, de acuerdo con nuestra realidad.